

LOS LIBROS

LUIS DAVID CRUZ Y LA CHICA DEL CRILLÓN

(Carta literaria)

Concepción, 2 de marzo de 1935.

Sr. Joaquín Edwards Bello.

Santiago.

Estimado amigo: Acabo de terminar la grata lectura de «La Chica del Crillón», y aunque mi opinión ha perdido, por ley natural, toda posible significación en el terreno de la crítica literaria, que ya no practico como antes, no resisto al deseo de manifestársela porque me complace poder aplaudir lo que estimo de valer. Por otra parte, todavía siento, de vez en cuando la tentación de discutir asuntos literarios; y hoy he cedido a esa inclinación empujado, tal vez, por esa nobleza que hay—según los entendidos—en defender a una dama, sobre todo cuando es tan simpática e inteligente como Teresa Iturrigorriaga. Aunque sea, pues, en privado quiero discurrir un poco acerca de la justeza o de la falsedad de los cargos que se han formulado a su «Chica».

Hay una discrepancia fundamental, y muy alarmante para mí, entre la forma como veo a la protagonista de su última obra y aquélla en que la ven personas que tienen en la literatura nacional una situación tan espectable como Raúl Silva Castro. Indudablemente, el fenómeno se debe a que he perdido

el sentido de lo que deben ser las creaciones artísticas o de lo que deben ser los críticos que las enfrentan. Probablemente se deba, también, a mi cambio de situación, puesto que ahora no soy yo sino un lector cualquiera que, en un fin de semana, se da el placer de descansar su espíritu a la sombra de un libro:

Pues bien, ese simple lector—o para muchos, ese lector simple—encuentra que los rasgos de carácter que se reprochan a Teresa Iturrigorriaga constituyen precisamente lo que diferencia a esa chica del Crillón de las chicas de otras partes. Supongo que Ud. no habrá querido pintarnos a una señorita con desarrollados sentimientos de maternidad, de noble amor filial, de apego al hogar y otras hermosas virtudes femeninas, tanto más bellas cuanto más escasas y remotas. Es claro que si Ud. se hubiera propuesto este fin y para ello nos hubiera ofrecido como prototipo a Teresa, podría hacérsele un justificado reproche. Pero nada hay en su libro que haga sospechar siquiera una intención semejante. Por lo contrario, parece que Ud. se ha propuesto únicamente hacernos el retrato de una chica de nuestro tiempo que, en el Crillón o en otra parte, se dedica a llevar una vida de inútil frivolidad, alimentándose de cocktails y de vanidades. En tal caso, no es justo hacer a Ud. cargo alguno, porque la chica que se elige como tipo representativo del grupo resulta no tener las mismas condiciones morales que se exigen—por ejemplo—para ingresar a la Asociación de San Vicente de Paul,

Pero advierto que me voy internando en el asunto con una excesiva libertad de método, lo que aun en una carta puede constituir un obstáculo a la necesaria claridad del asunto. Permítame, pues, que me interrumpa para comenzar, como se dice vulgarmente, por el principio. Pues bien, comenzando por ahí, la primera objeción que contiene la crítica a que me refiero, y que afecta a la obra en general, dice relación a que «La Chica del Crillón» «no puede ser considerada como la suma

y compendio del estado social de Chile o, por lo menos, de Santiago».

Desde luego, entiendo que la expresión «estado social de Chile» no podrá tomarse en su sentido natural que comprende un complejísimo cuadro de fenómenos íntimamente relacionados unos a otros en el orden intelectual, moral, económico, etc., como también los mecanismos y resortes que aseguran el funcionamiento del organismo social respectivo. No creo que en este sentido haya obra alguna que puede ser llamada, con entera justicia, «suma y compendio del estado social». Posiblemente, y hablando en general, todo el conjunto de obras de un autor, o mejor aun, el conjunto de obras de varios escritores de una misma época podrá constituir, en ciertos casos, «una suma y compendio del estado social» de un país en un momento determinado de su historia. Me parece, pues, que la expresión antedicha, a pesar de su aspecto general, debe tomarse en un sentido muy restringido, pues de no ser así se tendría una objeción demasiado fácil de desvirtuar. Pero aun, entendiendo esa expresión en un sentido muy restringido, hasta hacer coincidir «estado social de Chile o de Santiago» con la vida, o con un aspecto de la vida de la alta clase social, tampoco en este caso la objeción referida puede ir en desmedro del mérito de su obra. En efecto, su libro quiere mostrarnos un tipo de muchacha creado por las costumbres modernas en las clases llamadas aristocráticas. En tales circunstancias, decir que su libro no es «suma y compendio del estado social» significa constatar solamente que el tipo «Chica del Crillón» y su medio social no pueden ser considerados como representativos del «estado social de Chile o de Santiago». No podrá hallarse en todo el libro suyo ninguna observación, comentario o antecedente que permita creer que Ud. ha pretendido reflejar en «La Chica» el estado social de Chile. Lo que se ve es, en cambio, que Ud. ha querido sintetizar en su personaje las nuevas modalidades de la juventud, o de una parte de la juventud feme-

nina aristocrática. La cuestión reside, entonces, en establecer si Teresa Iturrigorriaga representa o no el mundo social «crilliano».

Leo también en el estudio crítico de Silva Castro, que «La Chica» es «un conjunto de inverosimilitudes bastante crecido». Se toca aquí, como Ud. ve, un punto muy discutido dentro del campo de la creación estética, a saber, qué debe entenderse por verosimilitud en el arte. A mi entender, el autor es libre para crear sus personajes con las características que quiera y la verosimilitud sólo puede referirse a que el personaje una vez creado se conduzca lógicamente dentro de las líneas fundamentales de su ser moral e intelectual. Sería inverosímil, por ejemplo, que un personaje al que se ha atribuido un carácter ascético o de grande y efectiva rigidez moral, se condujera como un vicioso o se comprometiera voluntariamente en manejos inmorales o dudosos. Así la verosimilitud en Don Quijote consiste sólo en que actúe de acuerdo con el género de extravío mental que le atribuyó el autor.

Ahora bien, sin entrar todavía en los detalles, Teresa Iturrigorriaga no hace en la novela cosa alguna que desmienta los rasgos esenciales de su carácter; y no se advierten en él otras variaciones que las que puede presentar, sin mengua de su entereza, el carácter de cualquier persona. No se puede exigir que un individuo de natural bondadoso y tranquilo no llegue a encolerizarse jamás. Seguramente, nadie considerará que Cristo perdió su carácter de bondad y caridad porque arrojó violentamente a los mercaderes del templo. El espíritu de Teresa Iturrigorriaga está dominado por dos sentimientos que son fundamentales: el deseo de riqueza y la vanidad de figurar. Todos los episodios de su historia están marcados con el color que les da esta preeminencia afectiva. Es perfectamente lógico, que una persona cuya vida está polarizada hacia estos dos sentimientos, no atribuya sino una importancia reducida a otros sentimientos, como ser el amor al hogar, el amor filial. En la

misma novela hay otro personaje—Ismenia—cuya vida afectiva está dominada por un sentimiento de amor hacia el padre de Teresa. Siguiendo su dirección sentimental, Ismenia no hace caso de exterioridades ni del dinero y se desprende fácilmente de todo esto en homenaje a su amor, o al recuerdo de su amor. Nadie podrá extrañarse de su conducta. ¿Qué razón hay, por lo tanto, para encontrar extraño que otra persona, Teresa, lo sacrifique todo a sus sentimientos fundamentales?

Tenga todavía un poco de paciencia, y acompáñeme a internarme en este pequeño bosque de reparos en los que, según la crítica, se mostraría la inverosimilitud de su creación literaria. No será difícil darse cuenta que esas objeciones que pueden impresionar por su abundancia pierden su fuerza en cuanto se las analiza más de cerca. Aun a riesgo de resultarle fatigoso, voy a referirme a cada una de estas objeciones en particular, porque una vez entrado en el asunto, hay que examinarlo por todos lados. Una de las primeras inverosimilitudes que se anotan, consiste en «el extremo de miseria de la familia Iturrigorriaga y el que Teresa pueda sostener durante varios años una situación completamente falsa». Para que esta pobreza fuera inverosímil, debería estar en pugna con otros antecedentes de la novela. Pero no sólo no está en pugna con ellos sino en el más perfecto acuerdo. En efecto, explican lógicamente esa pobreza: la pérdida de la fortuna por negocios desgraciados, la incapacidad del señor Iturrigorriaga, por su carácter altanero y orgulloso, para aceptar una situación de dependencia, sus inclinaciones a la vida disipada, y finalmente su propia enfermedad. Además, el Sr. Iturrigorriaga no era agradable a sus parientes y estos no se distinguían por su generosidad, todo lo cual hace claramente explicable la situación. Lo inverosímil sería que con todos esos antecedentes, el Sr. Iturrigorriaga tuviera una situación mejor que la que tenía. En cuanto a la posibilidad de que Teresa mantuviera una situación falsa durante varios años, no parece tampoco inverosímil. La vida de fingimiento y de

simulación que se hace en la alta clase social, abre grandes posibilidades. Seguramente, en el grupo de Teresa, no era ella la única que disimulaba su verdadera situación. La prensa mundial revela casi diariamente, o con gran frecuencia, casos increíbles de situaciones totalmente falsas mantenidas con éxito en el gran mundo, por personas que simulan títulos de nobleza y fortunas inexistentes. Teresa no tenía que conquistar una situación, sino que le bastaba conservar las apariencias, protegida por una especie de presunción derivada de su situación anterior. Más difícil era la situación de la familia Cepeda, que debía simular cultura y buenos modales. Por otra parte, tampoco es rigurosamente exacto que Teresa conservara su situación en sociedad. Luchaba por conservarla, pero no obstante la iba perdiendo poco a poco; y hasta las propias señoritas Cepeda comenzaban a mirarle un poco en menos, como lo revela el desagradable incidente que le provocaron en su casa. Posiblemente, a no mediar la reconstrucción económica que le procuró la generosidad de Ismenia, habría concluído por perder definitivamente su situación.

Se estima también inverosímil «el aislamiento en que se hallaba la chica», abandonada por sus parientes y hasta por sus relaciones. El abandono por parte de sus parientes, resulta de sobra justificado con la tacañería de éstos. El de sus relaciones es también perfectamente lógico, porque en un medio social completamente materializado la preocupación principal es el dinero y es natural, que la atención de las gentes, así como va hacia los que tienen fortuna, se aleje de los que no la tienen. Nadie facilita dinero, sino a los ricos que son los únicos que, si quieren, pueden hasta devolverlo.

Es también verosímil «el género de actividades a que se dedica la muchacha», que no quiere emplearse, «lo que sale de la psicología femenina y entra de lleno en la masculina» y hace que no se la pueda aceptar, como la mujer de «cabal feminidad que pretende darnos el autor». Si Teresa tiene un carác-

ter independiente, cosa en que todos estarán de acuerdo, es natural que esta independencia se manifieste en su deseo de mantenerse libre de la servidumbre de un empleo que le va a imponer mil trabas y sujeciones. Ahora bien, que este rasgo de independencia entre en el campo de la psicología masculina no significa un defecto de la construcción psicológica del personaje. Sólo significará en las chicas del Crillón se internan en el campo de la psicología masculina, fuera de que se internan también en muchas otras partes donde tal vez sería mejor que no se internaran. Finalmente, si Ud. ha querido darnos en Teresa un tipo de «cabal feminidad, entiendo que será de la cabal feminidad crilloniana», la que, por lo que se ve, es distinta del tipo de feminidad que se produce en otras partes. Si la feminidad de la «Chica del Crillón» fuera exactamente igual a la feminidad corriente habría que hacer de nuevo toda la novela y suprimir en el título el complemento «del Crillón».

También sería inverosímil «la donación de doña Ismenia, no porque una mujer de su clase no pueda tener sentimientos delicados, sino porque Teresa la acepta sin averiguar nada más». En Teresa es dominante el deseo de riqueza que le permitirá figurar, vestirse elegantemente, y alimentar todas sus vanidades sociales. Quien tiene una pasión fundamental por el dinero, no se detendrá en el estudio de las causas que han podido producir la fortuna sino en el efecto que la fortuna consigue. El mundo actual no averigua mucho la procedencia de la riqueza y sólo se interesa en disfrutar de ella. Si la protagonista hubiera tenido escrúpulos respecto al dinero no habría sido digna de figurar en el grupo selecto de las chicas modernas.

Pero donde la crítica dice haber encontrado «la más violenta» contradicción o inverosimilitud en su obra es en el hecho de que en Teresa se junte «a un carácter tan independiente como el de un hombre, y seguramente más que el de muchos hombres, y una inocencia de la vida que raya en la ingenuidad».

Los hechos que revelen esta ingenuidad serían: ignorar a los veinticinco años la reputación que tiene la calle Camilo Henríquez, no extrañarse «de la casa de doña Ismenia, donde niñas de soberbia elegancia la reciben y la miman»; no sentir «el menor escrúpulo por dejar que en una habitación de esa casa descance su padre moribundo», todo esto «a pesar de que sus sentidos bastan para indicarle que allí ocurren cosas extrañas».

En primer lugar no hay en la novela ningún antecedente que permita creer que Teresa ignoraba la reputación de la calle Camilo Henríquez. Pudo perfectamente entrar en casa de Ismenia, porque no puede deducirse inmediatamente de la reputación de la calle la destinación de la casa en que estaba su padre. Teresa no estaba instruída en la vida íntima de su padre; y aunque supiera que vivía con una querida no tenía por qué suponer que ésta regentaba una casa pública. Desconocedora del mecanismo de estos negocios, se extrañaba de muchas de las cosas que veía, pero no llegaba a una conclusión precisa sobre el particular. El principal obstáculo que le impedía tal vez llegar a esa conclusión, era la presencia de su padre, o más exactamente, el hecho que su propio padre viviera allí. Teresa no ignoraba que estaba en un ambiente «dudoso», pero la circunstancia indicada no le permitía ver la verdad completa. Por otra parte, si Teresa no sabía a ciencia cierta la naturaleza del sitio en que se hallaba, no se le puede hacer el cargo de que «no sintiera escrúpulos», porque su padre estaba en una habitación de esa casa.

Según la misma crítica, Teresa «carece por completo de sentimientos maternos y solo una vez se la ve conmovida por la muerte de un niño». En realidad, Teresa no demuestra sentimientos maternos, pero tampoco hace nada positivo que revele que no posee ese sentimiento. Con igual fundamento se podría decir que no posee sentimientos artísticos, puesto que la novela no los menciona. El que se haya conmovido sólo una vez con la muerte de un niño, no significa nada al respecto, porque en

la novela sólo se muere un niño, con lo que la protagonista no tiene oportunidad para conmoverse más veces. Aun luego a creer que Teresa hizo mucho con conmoverse por la muerte de un niño en este país, en que la muerte de más de treinta niños, por cada cien, no conmueve a nadie. Finalmente, Teresa deseaba casarse, y aunque en su decisión pudieran entrar muchos motivos determinantes, es natural que el matrimonio no pueda presentarse a la mujer completamente desprovisto del sentimiento de maternidad. Pero aun en el caso en que efectivamente Teresa no tuviera sentimientos maternales, ello no podría afectar al mérito de su creación artística, pues Ud. ha querido presentarla así, de acuerdo con sus observaciones del medio en que sitúa la novela.

Carece también Teresa, según la crítica aludida, de sentimientos hogareños, de sentimientos filiales y de coquetería. La carencia de los dos primeros sentimientos, resultaría de que no hizo nada para dar un hogar a su padre anciano y enfermo. Sin embargo, la verdad es que si el padre vivía bajo techo, era debido a los esfuerzos de Teresa. Además, en esta obra no creo que Ud. estuviera forzado a presentarnos el caso heroico de una hija que se sacrifica por sus padres, puesto que el tema elegido era otro, en el que este sentimiento filial tiene un carácter secundario. En cuanto a la falta de coquetería, basta sólo recordar que toda la vida de Teresa está orientada hacia la suprema coquetería de parecer bien. En esto era de «cabal feminidad». Fué su sentimiento de coquetería el que sufrió cuando en el «Cocktail Party» de la Cepeda no se encontró con la elegancia que hubiera deseado; fué también su coquetería la que resultó herida con la desagradable advertencia que le hizo Pipo en esa misma reunión. Teresa quería agradar a todos y atraer a Gastón, y no se ve cómo podría conseguirse una y otra cosa sin la correspondiente coquetería.

Queda, por último, una objeción de carácter general que afecta a la totalidad del personaje tan diestramente creado por

Ud. Se trata de que las ideas que tiene Teresa sobre la vida y la forma como hace la crítica social, tienen la marca del criterio masculino y no son otras que las suyas propias. Siempre me imaginé que la creación artística tiene precisamente por objeto permitir al creador manifestar sus ideas sobre el mundo o la sociedad. La existencia de un criterio masculino o femenino me parece fácil de establecer en el orden de las reacciones sentimentales pero no en el de las ideas. El modo de sentir de Teresa es femenino: vanidad, amor al lujo, deseo de agradar, anhelo de ser amada, etc. Su modo de pensar no tiene sexo en lo que sale de los asuntos afectivos. Aun, puede ser que se estime como lo ideal que haya para todo—mundo de las ideas y de los afectos—un criterio normal! o tipo masculino y otro femenino; pero a cada rato es posible ver que no siempre lo femenino está totalmente en la mujer ni lo masculino exclusivamente en el hombre. Las costumbres modernas acercan cada vez más las distancias y una formación intelectual común hace posible los mismos juicios y reflexiones en hombres o en mujeres.

La verdad es para mí, que en Teresa Iturrigorriaga hay una serie de rasgos y matices de carácter afectivo e intelectual que no permiten confundir al personaje ni con Ud. su autor ni posiblemente con ninguna persona determinada del ambiente del Crillón. Los elementos de toda creación artística están naturalmente en el medio observado y en el observador, lo que no es obstáculo a la personalidad propia de la creación. «La Chica del Crillón» me parece una obra perfectamente construída, con una figura central muy bien y muy claramente trazada que se mueve en un medio animado por sus vigorosas facultades de novelista. Observaciones felices expresadas en una forma muy viva y personajes secundarios escogidos y enfocados con indudable acierto, completan el valor de este cuadro de costumbres con que enriquece Ud. nuestra literatura nacional.

Alejándose, con verdadero sentido artista, de las falsas de-

coraciones de chilenidad que abruman a una parte apreciable de nuestra literatura, ha sabido Ud. ya sea en «El Roto», ya sea en «Un Chileno en Madrid», ya en «Valparaíso Ciudad del Viento» o en «Criollos en París», y ahora en esta «Chica del Crillón», captar aspectos esenciales de nuestra vida colectiva. Cuantos creen en el valor de la cultura tendrán que agradecerse.

Suyo affmo.

LUIS D. CRUZ OCAMPO.

■

«PEDRO MORENO, EL INSURGENTE», POR *Mariano Azuela*

La intensa sugestión lograda por Mariano Azuela en Indoamérica, tenía hace años, para mí, una justificación romántica: el autor de «Los de abajo» era el cálido evocador de un pueblo aventurero y pasional, en cuyos estratos profundos vive la llama de los secretos ancestrales: la superstición, la idolatría y la muerte. Hoy, mejor estudiado el proceso de forja de aquel pueblo, creo que Azuela es el traductor de una nación de conciencia revolucionaria, vale decir de un pueblo prepotente, que se gana en cada convulsión cauces poderosos por donde vaciar el caudal de hierro fundido de su pródiga existencia. No hace mucho, al dedicarle a las tendencias literarias de América el devoto miraje de una sensibilidad alerta, señalábamos la preferencia que el escritor de este continente privilegiado da a la naturaleza y al hombre autóctono, sin veladuras ni aderezos decorativos, y muy por encima del afán fantasista de que son pasto las civilizaciones agostadas. Decíamos que el criollismo era lujurioso y directo, turbulento y brutal, que en él la imaginación suponía el mínimo esfuerzo, y tenía una misión precaria. La naturaleza—paisaje y hombre—, es tan pujante y prodigiosa, que desvanece toda imaginación de filigranas y utopías «made in».